Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Materiales de Divulgación Productos Mediáticos

Un abrazo obligado

Barragán, Ana Karen

2015-09-30

http://hdl.handle.net/20.500.11777/1750

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

■ MEDIEROS

Un abrazo obligado

30/09/2015 04:00

Publicado por **Ana Karen Barragán**

Hace poco más de un año, cuando nos enteramos del caso Ayotzinapa, recuerdo que la imposibilidad de creer que un hecho así pudiese suceder tan de pronto y tan fácilmente por algunos cuantos, nos llenó el corazón de lágrimas y de coraje. La realidad, por sí misma, ya nos daba cuenta de un Estado rebasado por la corrupción, la impunidad y los tantos síntomas que México ha albergado y no ha podido descomponer para poder reconstituir desde sus entrañas a su tan golpeado cuerpo social.

A un año, tengo muy presente que éramos muchos los que compartíamos una profunda tristeza; ya sea porque algunas son madres, otros porque éramos estudiantes y muchos porque simplemente era inhumano. Sin duda alguna, la atrocidad no se podía reducir a un caso de incumbencia estatal, como si fuera algo propio de cada día –aunque la realidad nos grita que sí es parte de la cotidianidad–, algo que no necesitara a todas las miradas y el compromiso de una administración federal; la deshumanización de quiénes perpetuaron los asesinatos y las desapariciones iba más allá de lo inaceptable, pero una vez más, como tantas en el pasado, la respuesta del gobierno fue cada día más desoladora.

De ahí, vinieron las huidas, los discursos vacíos, los políticos cansados y el hartazgo de la ciudadanía. A lo largo de todo este ir y venir, físico y moral, se llevó a cabo un foro de derechos humanos en la Universidad Iberoamericana Puebla, en el que asistieron madres y familiares de hombres y mujeres desaparecidas. A mí me tocó acompañarlas durante su estadía, y mientras ellas abrían su dolor y su corazón a desconocidos como nosotros, a mí el mundo se me hacía más pequeño y el corazón se me encogía, la trivialidad de la vida me hacía enojar y mi postura frente a la realidad, me parecía nada, frente a ellas. No podía concebir que nuestro pueblo y que yo, fuéramos brutalmente indiferentes al dolor que venía desde hace años, tampoco podía aceptar que mucho de esto fuera a causa de una institución que se debía a la seguridad de sus habitantes.

Ante esta situación, buscamos encontrarnos. Empezamos con un grupo de académicas extraordinarias y uno que otro colado como yo, que hacía su servicio social en un programa radiofónico, de ahí se formó un pequeño grupo de estudiantes al que llamamos Colectivo No Olvidamos; todo esto era sin duda necesario –como dice mi amigo Eliel, más allá de encontrarnos para manifestarnos y exigir justicia–, la verdad es que por lo menos nosotros dos estamos claros que necesitábamos un hombro, alguien para poder llorar juntos y abrazarnos ante la barbarie a la que estábamos expuestos, para entonces sí, después de llenarnos de fuerza salir a marchar y a realizar diversas actividades.

Sin duda, nuestro corazón seguía muy frágil, pero a la vez se llenaba de coraje para poder seguir alzando la voz, por tantos y tantas hermanas que no tiene hoy la posibilidad de escribir o de oler la tierra mojada o sentir el frío en un día tan lluvioso como hoy. Desde nuestros espacios y hasta nuestras fronteras, seguimos. Vamos de pie, paso a paso, quizá no con la misma presencia pero sí con la misma fuerza por defender nuestra dignidad y nuestro derecho a la vida. Somos un pequeño número de ciudadanos que seguiremos trabajando por la memoria y nuestros hermanos para que vuelvan a casa.